

Anexo I.

EL “DESBORDAMIENTO ECONÓMICO” DE NUESTRA SOCIEDAD.

Este trío de tríos sólo es un aguafuerte impresionista que nos pone en la pista de que no se trata de unas simples turbulencias, sino de algo más profundo, pues ninguno de esos cambios actúa al margen de los demás, sino que interactúan entre sí. Debemos tomar nota de que la actual crisis, sus supuestos, el modo de hacerla frente, la situación en que actualmente nos encontramos y el futuro que con ello estamos construyendo, se fragua en este nuevo contexto y abona este tipo de “proceso en cambio”.

Pero no llegaremos a la profundidad de este proceso, si no percibimos que la crisis económica y el proceso de construcción social que con la post-crisis estamos proyectando, puede estar invisibilizando y dejando intocado el problema fundamental que subyace a nuestro modelo social, y es “el desbordamiento económico” en todos los ámbitos de nuestra sociedad (1). No sólo en el ámbito estricto de la producción y distribución de bienes, servicios y productos; no sólo en el ámbito de las finanzas y las transacciones comerciales, sino también en todos los elementos de la estructuración social, como la gestión de bienes sociales y de servicios, incluso de relaciones institucionales. Y trasciende lo estructural e institucional llegando a la “cultura social”, a lo que constituye el “latir social”: deseos, aspiraciones, valoraciones.

Este desbordamiento económico no se sustenta sólo por los “poderes” económico, o políticos, sino que se sustenta en la manera en que el marco de valores que configura la propia sociedad y su cultura social opera bloqueando nuestra responsabilidad. Un bloqueo que opera a manera de muro de contención “intangible” (2) pero no por ello menos consistente, y que se manifiesta en los “no-cambios”, por así llamarlos; o sea, en los cambios “frustrados” que, al principio de la crisis, parecían darse por descontado que deberían producirse.

En primer lugar, la ausencia de responsabilidad colectiva ante la crisis. Nadie ha asumido los costes, salvo los presupuestos públicos, pero sin haber redefinido la función de los Estados que parecía que debía ser una consecuencia obligada del compromiso de los estados en su imprescindible presencia para afrontar la desregulación generadora de la crisis financiera. Los intentos de revisar determinados elementos del modelo económico, de controlar los flujos financieros, etc., etc., han dejado de tener vigencia. Incluso ya se puede hacer la pregunta de si, dada esta inacción, no se están generando las condiciones de la siguiente crisis financiera.

En segundo lugar, la nula experiencia del fracaso del “modelo de crecimiento medido por el PIB”, pues todo parece reducirse a volver a detectar los brotes verdes de repunte del crecimiento económico, sin revisar ni en qué, ni para qué, ni cómo. A pesar de haber constatado que el sistema económico no tenía capacidad de autorregularse pese a la fe ciega que se tenía en ello, y de haber constatado que el crecimiento estaba desligado de la reducción de las desigualdades y la pobreza, rápidamente se está olvidando de todo ello a medida que los indicadores macroeconómicos empiezan a corregirse.

En tercer lugar, el vaciamiento de contenido del “necesario” cambio de valores que afloró en los momentos álgidos de la crisis (3). No sólo no se han tocado, sino que se consideran intocables valores tan arraigados en nuestra cultura como la propiedad individual sin otra referencia al bien común; o como el crecimiento continuo en el consumo pues en estos momentos vuelve a tener auge la necesidad de retomar la senda del consumo como medida imprescindible de salida de la crisis; o los “derechos” centrados en el individuo de disfrute de algunos

1 Cfr. Ponencia de Luis Ayala en las XV Jornadas de Teología de la Caridad: “Hacia un nuevo modelo social:

repensar el bienestar y el crecimiento”, en Revista CORINTIOS XIII nº 133; enero-marzo 2010.

2 Cfr. Peru Sasia: “La crisis de lo económico”, en Revista “Acontecimiento”, nº 93, 2009/4.

3 Cfr. Ponencia de Pedro J. Gómez Serrano, en las XV Jornadas de Teología de la Caridad: “¿Crisis de valores o

valores en crisis?”, en Revista CORINTIOS XIII nº 133; enero-marzo 2010.

componentes del bienestar a los que sólo tenemos acceso los países más favorecidos y, dentro de ellos, los más favorecidos.

Sin la asunción de responsabilidades y de cambio de valores, no es posible deshacer el muro que nos bloquea:

muro hecho de aspiraciones creadas artificialmente, de modelos de éxito social, de falsedades convertidas en verdades por su machacona difusión;

muro que nos aísla de valores como la comunicación interpersonal, el compromiso a favor de terceros, la piedad, la austeridad, el reconocimiento del débil o la solidaridad;

muro que despliega toda su eficacia en la construcción de una individualidad que ignora al otro y nos lanza a consumir desactivando toda tentación de preguntarnos por las consecuencias de nuestras opciones de consumo y de modelo de bienestar.

Por ello, las condiciones de la pobreza y la exclusión no son sólo causa-efecto de las estructuras económicas, sino también de este muro de bloqueo que genera unas relaciones sociales de rechazo e intolerancia ante los graves e intolerables efectos y situaciones sociales generadas por este modelo. Los que disfrutan del crecimiento se consideran los dueños sin límite del mismo y consideran a los excluidos del crecimiento como sospechosos de querer atrapar su bien-tener del que se consideran los dueños sin límite.

(Extracto del artículo de V. Renes en "Corintios XIII", nº 135. Cáritas, julio-septiembre 2010)

Anexo II. UN PROCESO SOCIAL “EN CAMBIO”.

Cada día es mayor la conciencia de vivir en un sistema mundo, en el que la interdependencia de todos y de todo resulta notoria y palpable. Los procesos sociales son procesos globales, y no los entenderemos si nos mantenemos en el empeño de verlos desde la perspectiva de un país, de un continente. Estamos en un sistema mundo que vive los mismos problemas aquí y allá, eso sí, con diferencias más que notables en cuanto al grado de gravedad y profundidad de sus efectos. Las tendencias son procesos globales del sistema mundo.

Y esto se ha agravado con la crisis. ¿Qué es lo que se está fraguando en nuestro mundo? La cuestión es que lo está en juego es un proyecto que configurará no sólo lo económico, sino las opciones, los valores y las estructuras que condicionarán las sociedades en cuanto a su cohesión y su justicia social. Lo que quiere decir que su sentido y significado debe venir dado de su relación con las opciones profundas que configuran, o deben configurar, el modelo de sociedad.

Tomar conciencia de las tendencias que “configuran sociedades” tiene sus exigencias, fundamentalmente la exigencia de tomar conciencia de que estamos en un momento de cambio. No sólo de cambios, sino de cambio, y ello desde la incertidumbre pues no está definido su proyecto. Po lo que podríamos decir que se trata de “un proceso en cambio”, al menos del mismo rango que el producido a finales de la década de los setenta del pasado siglo, momento en que se suele situar el final de los denominados “30 gloriosos”, o sea, los 30 años de constitución del modelo de “Estado de Bienestar”. Este cambio dio pie a la reconfiguración del modelo económico y laboral, pero también del rol de los Estados en su función protectora y de su propio papel en la economía y en las sociedades, y que ha generado el proceso de crecimiento económico que ha llegado hasta la crisis del año 2008. Pero que también reconfiguró los valores cada vez más destacados del individualismo, consumismo, privatización, y redefinió valores claves como el propio concepto de bienestar social, asociacionismo y solidaridad, etc. (4)

Nuestro punto de partida va a ser detectar este “proceso en cambio” a través de sus manifestaciones que nos pongan en dirección a lo más consistente de este proceso en cambio. Aunque de todo ello, aquí y ahora, sólo pueda realizarse su enunciación.

1. EN EL PROCESO (¿ORDEN?) MUNDIAL.

“Lo extraordinario es que el ciclo coyuntural se agrava al enmarcarse dentro de otra crisis de mucho más largo recorrido que arrancó hace 30 años. Me refiero al fin del actual sistemamundo

capitalista y la consiguiente transición hacia otro sistema. Todavía no sabemos qué va a ocupar el lugar del capitalismo porque dependerá del resultado de una lucha política que aún se está dirimiendo”. (Inmanuel Wallerstein)

El primer cambio a tomar conciencia es que la crisis financiero-económica no es de escasez de capital, sino de confianza; quién presta a quién, en qué condiciones, etc. Y eso está haciendo que se reestructuren cuestiones de fondo, referidas al gasto de los estados y a su déficit, a su inversión y a la deuda pública y privada, al control y disminución de las prestaciones sociales. Ahora bien, lo que llama la atención es que justamente no se están adoptando medidas referidas a lo que ha generado la crisis, es decir, a las transacciones financieras, etc., sobre las que muy tímidamente se están proponiendo alguna medida que aún no se ha puesto en práctica. Lo que está ocurriendo es justamente lo contrario, pues son los mercados, (¿quiénes son “los mercados”?), los que están decidiendo las medidas de ajuste y recorte que están recayendo “en la parte social y salarial”.

El segundo es que de la actual crisis financiero-económica no es la única, pues antes de su explosión existían al menos otras dos: la crisis alimentaria, y sus cambios en el comercio mundial y en el consumo; y la crisis energética y medioambiental, y sus cambios en el acceso y uso de las fuentes de energía y de materias primas, y los concomitantes cambios en emisiones, clima, etc. Y la cuestión es que no se va a salir de una sin que eso afecte a las otras

4. Cfr. Cap. V del VIº Informe FOESSA (2008) sobre la evolución y procesos de reforma del Estado del Bienestar (en el que se continua la línea de análisis iniciada en el Vº Informe FOESSA (1994).

dos crisis que le son concomitantes. Ya, de hecho, se anuncia que la crisis alimentaria (de la que apenas se habla) se va a agravar en esta próxima década pues los precios de los alimentos van aumentar en una escala muy importante. Y, una vez más, es la dimensión social la prácticamente inexistente como lo muestra que el hambre crece así como la relación entre pobreza y medio ambiente y energía ⁽⁵⁾.

El tercero es un cambio en la geopolítica, que influirá decisivamente en la gestión de las crisis económica y financiera, alimentaria, energética y medioambiental, pues China, India y Brasil, y su tirón en las economías de Asia y de Latinoamérica, modifican las relaciones entre países desarrollados y los llamados “países emergentes”. Lo que, evidentemente, generará cambios importantes en los polos de poder mundiales, y en el propio orden comercial, especialmente de las materias primas, y también de los bienes de consumo con efectos en los grupos y sectores de los llamados “países ricos” acostumbrados al exceso y al sobre-consumo como la crisis ha dejado patente.

2. EN LA ESTRUCTURACIÓN DEL NIVEL ECONÓMICO.

Estos cambios hacen referencia a estructuras claves del proceso mundial, pero no definen todo lo que significa “proceso en cambio”, pues estos cambios están plenamente permeados y entrelazados con los cambios en la estructuración del nivel económico como nivel preponderante en la sociedad.

El cuarto es el cambio en el modelo productivo, desde la tan traída y llevada inversión en I+D+i que persigue una economía basada en el conocimiento, lo que implica una serie de efectos en cascada que modificarán la relación formación – empleo – protección – ciclos vitales. Es un cambio de nivel mundial, pues los países están “compitiendo en productividad” que depende del valor añadido, hoy claramente dependiente del conocimiento. Y esto estructurará sociedades no solo en el orden mundial, sino en la propia estructura social en la que los grupos no capacitados para este tipo de competición quedarán “al margen”, “fuera de” las posibilidades económicas, sociales y culturales.

El quinto tiene que ver con la relación entre lo económico y lo social que, habiendo configurado el modelo social previo a la crisis como “sociedad del crecimiento” (Cfr. VIº Informe Foessa), está definiendo el conjunto de estructuras sociales en la nueva estrategia europea como “opción de sociedad”. Y esa relación se construye desde el crecimiento al que se le apellida como inteligente, sostenible e integrador. De modo que estas dimensiones dejan de ser sustantivas para ser puramente funcionales al crecimiento económico. Todo lo que implica el conocimiento (y la educación, la formación), el medio ambiente, y la integración social toman su sentido de ser dimensiones y contribuyentes del mismo. Y se ha convertido en el patrón de referencia no sólo de las decisiones económicas, sino políticas y culturales, y de ética social.

El sexto hace referencia a la redefinición de las relaciones laborales y sus consecuencias, pues la cada vez mayor adaptabilidad a los cambios económicos y de modelo productivo, la mayor flexibilidad en los contratos, y los efectos en las transiciones entre empleo – desempleo – formación – empleo, se está configurando como flexiseguridad sin las condiciones para la Inclusión Activa, que debe incluir la relación entre flexibilidad y seguridad, o sea, las garantías de continuidad entre empleo – formación – protección y servicios de calidad ⁽⁶⁾.

⁵ Cfr. “*Hacia una nueva gobernanza de la seguridad alimentaria*”, publicado por la Campaña “Derecho a la alimentación” –promovida por Cáritas, Prosalus, ...- Madrid 2010. Cfr. CÁRITAS. “*Justicia climática. En busca de una ética global*”. Vatican City: Caritas Internationalis, 2009.

3. EN LA ESTRUCTURACIÓN SOCIAL.

Además de los claros efectos de los cambios señalados en la estructuración social, hay que señalar los que de forma más significativa están afectando a relaciones sociales fundamentales de la sociedad (7):

El séptimo es un cambio que podemos llamar institucional, o sea, hace referencia a la función de la Institución pública en particular; lo que se denomina la “desafección de la democracia” por decepción, ¿incluso descrédito? Y ello es debido a una conjunción de hechos: los fenómenos ocurridos de corrupción; la distancia sobre la práctica de la democracia en nuestras sociedades -dada la constatación de la dimensión de los problemas y el bajo nivel de compromisos y de actuaciones de las instituciones (multilaterales, mundiales y nacionales)-; la cada vez mayor “remisión a lo privado” de actuaciones que corresponden a la esfera de lo público, con la remisión al individuo y a la acción privada de responsabilidades de función pública cada vez más regidas por las leyes del mercado, y esta tendencia “in crescendo”; y el “descreimiento” y desvalorización de lo público y la política.

El octavo, está referido al cambio poblacional dado el proceso de envejecimiento que recorre las sociedades. Y esto tiene un problema de base. Se trata de que el cambio generacional se da en los dos polos. En el polo de la juventud que, además de su pérdida de peso de los inactivos en relación con los activos y con el recambio poblacional, la precariedad e incertidumbre que recorre las sociedades especialmente en el mercado laboral ha hecho que se amplíe la edad de cierre del período “joven”. Y en el polo de la población post periodo de actividad laboral y envejecida, lo que además de lo que puede suponer como coste del peso de la población en pensiones y en dependencia, plantea un problema de crisis intergeneracional. La ampliación de la edad joven y el alargamiento de la vida post laboral, ha reducido el número de años y el número de personas que, en la edad adulta, debe soportar el peso de los inactivos, pues la población adulta en activo se ha estrechado y no tiene suficiente peso. Lo que supone la crisis del pacto intergeneracional anterior: los jóvenes pasaban pronto a población adulta, y así podían soportar el peso de la población postlaboral y envejecida, que tenía menos esperanza y tiempo de vida. Y esto hoy ha sufrido un giro radical.

El noveno, es el cambio y el paso de sociedades con una amplia, o total, presencia de una cultura común y de historias compartidas, a unas sociedades con multiculturalidad y con historias de compleja, lenta y difícil tránsito a la interculturalidad. Y esto, que tiene expresiones muy potentes en el plano de un mundo global, lo tiene de forma muy significativa en el interior de sociedades desarrolladas, o mejor, ricas, con graves problemas de sustitución de la población activa, etc. Y plantea el problema de un proceso histórico en el que se juega qué integración y qué cohesión social, o qué proceso de confrontación.

(Extracto del artículo de V. Renes en “Corintios XIII”, nº 135. *Cáritas*, julio-septiembre 2010. **Es muy recomendable la lectura del artículo de José María Tortosa: “Crisis: no una, sino varias; es decir, una”, publicado en “Documentación Social” nº 158, sobre “Consecuencias económicas y sociales de la crisis mundial”; julio-septiembre 2010).**

6 LORENZO, F. *Flexibilidad: oportunidades y riesgos en el actual mercado de trabajo* en la Revista: “Lan Harremanak”, nº 16. Bilbao: Universidad del País Vasco. 2008

7 “En la perspectiva relacional, la sociedad y los singulares subsistemas están constituidos por redes de relaciones sociales en los que la intencionalidad y el vínculo están presentes en formas, proporciones y contenidos diversos. En concreto, los ligámenes pueden ser de naturaleza estructural o de naturaleza personal. En todo caso, una genuina perspectiva relacional no renuncia a considerar las relaciones sociales como hechos sociales totales”. Manuel Herrera Gómez: “El Tercer Sector en los sistemas de bienestar”; Edita: Tirant lo blanc. Valencia 1998; pág. 253.

Anexo III. El problema social como problema ético, pues desvela la cultura (entendida en sentido antropológico) y la ética que comporta la sociedad de la exclusión.

1.- Más es igual a mejor.

La centralidad de la cantidad (del crecimiento, del "quantum", del crecimiento de lo cuantitativo, de lo económico, del PIB). Con ello ha quedado desplazada la centralidad de la persona, de sus necesidades, de sus capacidades y potencialidades, y ha reducido el desarrollo al crecimiento económico. Y se ha transitado a una sociedad centrada en el individualismo, el consumo, la persona como objeto para la producción, etc., en la que el crecimiento económico ha sido desigual, no ha posibilitado la redistribución de la riqueza de una forma justa y equitativa. Con ello, ha quedado trasmutado la propia concepción de la sociedad y del bien común que debería ser la finalidad de un desarrollo integral.

De ahí que la creación de tejido social y comunitario, no es tomada como un bien social en sí; sólo va unido al interés de gestión de recursos, especialmente de gestión económica.

En nuestra sociedad el crecimiento se ha convertido en el parámetro fundamental, según el axioma de que más es igual a mejor. De modo que la cantidad es la que valida la calidad. Y a ello se debe sacrificar lo demás. Crecimiento que, sin otra lógica, se identifica con Bienestar.

Por tanto se confronta con la satisfacción de las necesidades como criterio, y relega la des-integración y la exclusión como cuestión que debería estructurar las decisiones; por lo que acaba constituyendo el conflicto en torno a la cohesión social como problema político número uno (no planteado ni abordado).

Es la realización del axioma dominante en la "sociedad del crecimiento" de que *más es igual a mejor*.

_ Según esto, ¿qué valor posee el sujeto?

Un modelo de sociedad identificada con el crecimiento económico como paradigma social, y con la

apropiación individual del crecimiento (cuya manifestación tipológica es el "consumismo"), identifica necesidad con deseo, y éste con la posesión que ahoga todo proyecto de satisfacción que no se resuelva en lo inmediato.

Como fenómeno social toma forma de propuesta en la objetivación de las decisiones en los propios deseos.

Como categoría cultural identifica el fragmento con lo real.

Lógicamente la ética individualista y neodarwinista encaja bien, así como la ética calvinista del éxito. Lo que se ha introducido en forma más o menos disimulada y secular en los comportamientos de los propios creyentes.

Por lo que el pobre-el que no llega-el excluido, es el autorresponsable. Y de ahí, ya, el culpable.

2.- El precio como la medida del valor.

En este modelo de sociedad, incluso la vida de cada individuo tiene un valor mercantil; es decir, cuando todo se mide y se cuantifica por su valor económico esto mismo se acaba aplicando a la valoración de lo que merece o no merece la pena que el ser humano dedique sus energías. Lo que explica que el precio, no el valor, ("sólo el necio confunde valor y precio", A. Machado) sea el patrón de referencia a la hora de tomar las decisiones.

Todo lo que no es validado por el mercado por su productividad, por su rentabilidad y competitividad, debe ser rechazado. De ahí deviene la competencia como el valor fundamental. Y eso sin límite; o sea, si la competitividad necesaria para ser validada por el mercado se basa en expolios de la naturaleza o en la explotación de las personas, no se considera como cuestión relevante. La cuestión es la prevalencia ante el resto de 'oponentes' o competidores en el mercado. Y, lo que es más sangrante, esto queda legitimado por su contribución al P.I.B., es decir, al crecimiento y, desde ahí, al bienestar. Por lo que el bienestar queda significativamente reducido a los elementos mensurables y, finalmente, a su precio. Sin que se considere necesario que habría que contabilizar todos los destrozos realizados para ello como deseconomías, como nobienestar. Por tanto se confronta con un problema de fondo como es la inversión de la relación entre las personas y las cosas; por lo que relega la cuestión de las garantías de los derechos económicos y sociales, como principios rectores de las decisiones económicas.

Y se cumple el segundo axioma: *el precio es la medida del valor*

_ Según esto, *¿qué valor posee el sujeto?*

En la sociedad de la mercancía, todos quedamos igualados en el consumo, quedando velada toda

otra situación, pues el consumo está desligado de toda la base y condiciones sociales en que se

asienta la persona, los grupos sociales, la sociedad, quedando todos reconvertidos en un atomismo individual paralelo al precio de los átomos que se intercambian en la compra/venta, en la oferta/demanda.

Como fenómeno social hace desaparecer toda dialéctica entre ser y tener: tener para ser/no ser por no tener/no ser por 'sobretener'; unos no son/por tener otros lo suyo. Es decir, la dialéctica tener-ser como dialéctica antropológica; y la dialéctica tener-ser como dialéctica estructural.

Como categoría cultural identifica el futuro como el terror, pues al identificar consumo y ser, todo lo que se resuelve en el proceso de "apropiación para su uso (consumo)", no es; por lo que sólo considera anclado en firme lo que ahora se puede tener.

Lógicamente esto encaja bien con la ética de la "celebración" de la acumulación y de la "celebración" (goce-disfrute) de lo inmediato, pues se produce una identificación de la posesión y del consumo con el ser, por lo que "tener" es el sustantivo que atomiza y anula el "ser", que queda como el adjetivo intrascendente.

Por lo que el pobre es el perdedor, el que se debe construir bajo negaciones.

3.- Sin sujeto social.

Esto da de sí una sociedad que no da valor a los bienes relacionales, "porque no tienen precio" para ser puestos en la compra / venta., que es lo que adjudica el precio. Por tanto, el que marca las opciones de lo que vale o no vale, es el mercado. Lo que nos lleva a una sociedad "sin sujeto" (!), pues el mercado intercambia objetos. Desaparece con ello cualquier "intangibles" sin cuya aportación no puede haber sociedad. Tan grave es esto que la manifestación más radical está en la propia crisis que vivimos, pues en su base más profunda la crisis es una pérdida de la confianza, que constituye uno de los bienes relacionales más significativos socialmente hablando. Y sin esa confianza, no puede funcionar el mercado ¡Por cierto!, se reclama confianza cuando se trata de la confianza en el capital, del dinero, como un bien a proteger; pero no se aplica el mismo baremo a la seguridad en el empleo, en la vivienda, en la protección social, por ejemplo, que son bienes de obligada protección.

Identificado crecimiento con bienestar, la cuestión es quién es el sujeto social. Y la respuesta es, sistemática y metódicamente, el individuo. El individuo, sin ninguna connotación a 'los otros', es lo único que se considera real; el resto se considera fabulaciones. Por sí mismo, el individualismo sospecha de los demás como de potenciales enemigos de 'su' bienestar. Lo que no es sino la traducción social y cultural de la concurrencia como ley básica de la economía, trasladada a ley de la sociedad.

Por tanto se confronta con la sociedad a la que despoja de otros referentes antropológicos y sociales. Lo que constituye un fundamento enfermizo para una sociedad, pues desde el individualismo metodológico se sospecha y recela; o sea, se construye una sociedad infeliz y ansiosa, e injusta, pues acapara lo que no necesita despojando de ello a otros en su afán de cubrir su angustia con las cosas.

Que no es sino la aplicación del tercer axioma: *el mercado es el constituyente de la relación societal.*

_ Según esto, *¿qué valor posee el sujeto?*

En el Mercado no aparece la dimensión social, y por ello solidaria, puesto que absolutiza el fin con

lo inmediato, la sociedad con la posesión, en el que no hay lugar ni cabida para trascender hacia

el "otro", el diferente, que aparece como el potencial disputador del beneficio, del bienestar que el

individuo ha alcanzado.

Como fenómeno social legitima la fuerza de los "grandes" que quedan consagrados como los imprescindibles dinamizadores de la sociedad, pues su capacidad de consumo queda 'bendecida' como motor generador de riqueza.

Como categoría cultural al no haber proceso, no hay esperanza. La incapacitación para la dimensión social y la no contemplación de la esperanza en su horizonte

cultural, impide la relación con el tú como parte del propio yo, y "cierra" la trascendencia al "OTRO" como fundante del "nosotros".

Lógicamente esto encaja bien con la ética del poder, o la identificación de consumo y poder, pues es lo que me garantiza lo inmediato, desde lo que poder ser.

_ Por lo que el pobre es el que crea la inseguridad ante el que defenderse.

4.- En resumen.

Todo ello produce que el entramado social sea un entramado construido sobre fuerzas que se repelen:

- un tejido social construido sobre la base de lo económico validado por el Mercado, sobre la mercancía, es un tejido sin sujeto, pues el mercado intercambia objetos.
- la valencia en que se apoya es la repulsión y no la integración social (el tipo de 'competición' en el mercado es su catalizador); la exclusión social, y no el proceso de solidaridad, es la manifestación de una cultura social 'que rechaza' (y las rupturas y fracturas sociales son la manifestación simbólica-límite más reveladora).
- el "ser social", el "vivir social", se identifica desde una conciencia de aseguramiento individual de lo que a los individuos (que pasan a ser "mónadas" sociales) les diferencia de los que no se han salvado de la crisis (de la sociedad "fracturada").

(Texto de V. Renes, en mimeo)